

## Arabia e Irán: tensión máxima

Carlos LARRINAGA  
Historiador

Comenzó el año 2016 con la ejecución en Arabia de 47 de persona, entre ellas, el clérigo chií Nimr Baquer al-Nimr. Acusado de fomento del terrorismo por denunciar a la monarquía saudí de abusos de todo tipo y por reclamar los mismos derechos para los chiítas en un país mayoritariamente sunita, su muerte ha soliviantado a toda la comunidad chií. Empezando por Irán, donde esta rama del Islam es mayoritaria. Pero no sólo, pues, aunque el chiísmo es minoritario dentro de la fe musulmana, cuenta con gran número de seguidores en Irak, Bahreín, Yemen, Líbano y Siria, no habiendo sido fácil el entendimiento entre unos y otros desde el punto de vista religioso desde hace tiempo. El problema, sin embargo, se ha acuciado en las últimas décadas por motivos esencialmente políticos. En concreto, la llegada al poder de Jomeini en 1979 y la puesta en marcha de su revolución islamista fueron muy mal vistas no sólo por Estados Unidos, sino también por sus dos grandes aliados en ese área, Israel y Arabia. Circunstancia que fue aprovechada entonces por Irak para rescatar viejas reivindicaciones territoriales en suelo iraní. Con el poder ostentado por Sadam Husein, que entonces gozaba de todos los favores económicos y militares de los grandes poderes occidentales y de la Liga Árabe, se pensó que el conflicto sería breve y que se podría poner fin al nuevo Irán de los ayatolás. Pero nada más lejos de la realidad. Se prolongó entre 1980 y 1988, sin un claro vencedor, con un millón de víctimas y sin que Bagdad lograra sus objetivos.

A la larga, el régimen iraní saldría reforzado, porque no cedió a las pretensiones de Irak, ni de Estados Unidos y sus aliados, ni de los países árabes, nucleados en torno a Arabia. Eso sí, a costa de ser considerado un Estado paria, sometido al aislamiento y a todo tipo de sanciones económicas. Así, en 1988 se produjo la ruptura de relaciones entre Riad y Teherán. Detrás del fallecimiento de 275 peregrinos persas a La Meca en 1987 estaban las fuertes diferencias existentes entre ambos países. Al fin y al cabo, la rebelión jomeinista se produjo contra los excesos y la occidentalización del sha Reza Pahlevi, algo que, de alguna forma, se podría aplicar al rey de Arabia. Por eso, la Casa de Saud, por encima de las diferencias religiosas, siempre ha visto en el régimen proclamado por Teherán un peligro para su propia existencia. Especialmente cuando Irán, convertido en el faro de todo el chiísmo internacional, viene décadas dedicándose al apoyo de las minorías chiítas del resto de naciones (14% en Arabia). Y es ésta la causa por la que Riad viene acusando constantemente a Irán de ser patrocinador del terrorismo internacional. Un discurso, recordémoslo, calcado del de EEUU y que poco tiene que ver con la realidad. Puesto que los grandes grupos terroristas, desde Al-Qaeda al Estado Islámico, pasando por el Frente al-Nusra, son de vocación sunita, teniendo al wahabismo árabe como su fuente de alimentación intelectual.

Al ser Oriente Próximo una zona que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se ha caracterizado por su continua fragilidad, se constata que en los últimos años ésta se ha incrementado enormemente. En particular, tras la invasión de Irak en 2003 y las mal llamadas primaveras árabes de 2011. De suerte que, mientras Irán ha conseguido mantenerse al margen de esas revueltas, varios de sus vecinos árabes están padeciendo graves crisis políticas. Ahí están los casos de Libia, Egipto, Irak, Siria o Yemen. Esa resistencia y una cierta apertura del régimen, sobre todo, tras la llegada al poder de Rohani, han contribuido a convertir a Irán en una potencia indiscutible en la región, al punto de ser visto como un agente principal de cuanto allí sucede. Y esto lo ha sabido detectar la comunidad internacional, explicándose así su relevancia en la actualidad. Sin duda, la firma del acuerdo nuclear y el levantamiento de las sanciones el 12 de enero así lo constatan. Pero conviene añadir, asimismo, el papel que está llamado a tener en la resolución de la guerra de Siria e Irak. Un rol que no ha gustado nada a Arabia, que, desde el comienzo, se opuso al entendimiento con Teherán. A este respecto, la llegada del rey Salman al trono parece que ha agudizado las tensiones, siendo la condena de al-Nimr una clara prueba de ello. La nueva ruptura con Irán no hace sino empeorar la situación, en un momento tan difícil. Al tiempo que pone muy a las claras su oposición al convenio nuclear y al triunfo diplomático iraní, interpretado de forma negativa por las

autoridades saudíes (e israelíes, se podría añadir).

Bajo mi punto de vista, esta actitud de Arabia sólo contribuye a añadir leña al fuego. Por eso, inmediatamente, Rusia, Turquía y Pakistán se han ofrecido como intermediarios en esta crisis diplomática. Con las conversaciones de paz sobre Siria como fondo, no conviene que dos de los actores fundamentales del tablero político se enzarquen. En este sentido, resulta clamoroso el silencio de EEUU, que parece esperar a ver que escampe la tormenta y más pendiente de Irán, claro. Es verdad que no le conviene distanciarse de Arabia, pero no es menos cierto que cada vez le interesa menos su petróleo en un mercado con crudo abundante. La Administración Obama quiere despedirse con los deberes bien hechos en cuanto a Irán se refiere, ya que su apuesta por el entendimiento ha sido muy valiente. La intervención iraní en la crisis de Siria-Irak y su compromiso firme de lucha contra el EI son decisivos, por lo que no conviene estropear lo conseguido en los últimos meses. Tal vez EEUU pueda dejar a otros, ¿Rusia o Turquía?, un mayor protagonismo en la re-composición de unos vínculos arabo-persas que nunca han sido fáciles. Por el bien de la inestable estabilidad de esa parte del mundo, ojalá las maquinarias diplomáticas se activen en la buena dirección. Quizás no de inmediato, aunque tampoco hay mucho tiempo que perder.

13 de enero de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 5 de febrero de 2016, p. 24